

LIBRO II

CAPITULO I

Por lo tanto, como la virtud es de dos géneros, intelectual y moral, la virtud intelectual en lo esencial debe su origen y desarrollo a la enseñanza (por cuya razón requiere experiencia y tiempo), mientras la virtud moral («*xi elhoys*») viene como resultado de la costumbre, de aquí que su nombre derive, con ligera variamente, de la palabra *hábito* («*apó toy ethoys toy ethos*»). Esto nos aclara también que ninguna de las virtudes morales surge en nosotros por naturaleza; porque nada de lo que existe puede formar hábito o costumbre contrario a su naturaleza. V. g., la piedra que por naturaleza descende no puede habituarse a que ascienda, ni aun en el caso en que probemos a *acostumbrarla*, lanzándola arriba mil veces seguidas; tampoco puede habituarse al fuego a que se mueva hacia abajo, ni ninguna otra cosa que por naturaleza se comporte de cierta manera acostumbrarla a comportarse de otra. Por lo tanto, las virtudes no surgen en nosotros ni por naturaleza ni contrariamente a la naturaleza; más bien pudiéramos decir que estamos adaptados por naturaleza para recibirlas, y que se perfeccionan por el hábito.

Además, entre todas las cosas que por naturaleza recibimos, primeramente adquirimos potencialidad para ellas, exteriorizando más tarde la actividad (cosa

evidente cuando de los sentidos se trata; porque no adquirimos el sentido de la vista ni el del oído debido a ver y oír con frecuencia, sino al contrario, los poseíamos antes de haberlos ejercitado, no llegando a poseerlos a causa de su uso); mas las virtudes se adquieren por ejercerlas primeramente, como acontece también con las artes. Porque las cosas que tenemos que aprender antes de poder hacerlas, v. g., los hombres son constructores por la práctica de la construcción, pulsadores de lira después de haber practicado en pulsarla; de la misma manera conseguimos ser justos haciendo justicia, templados por nuestra templanza, valerosos por los actos de valor.

Esto nos lo confirma lo que ocurre en los estados, porque los legisladores hacen buenos a los ciudadanos formando en ellos las costumbres, siendo éste el deseo de todo legislador, y los que no lo efectúan fracasan en su cometido; en esto estriba la diferencia entre la buena y la mala constitución.

Además, debido a las mismas causas y por los mismos medios se produce y destruye toda virtud, lo mismo que todas las artes; porque el buen tañedor de lira, lo mismo que el mediocre, se producen practicando dicho instrumento. Esta misma afirmación es válida en cuanto a los constructores y demás oficios o profesiones; los hombres serán buenos o malos constructores resultado de construir bien o mal. Porque de no ser así no se hubiere requerido el concurso de un maestro, y todos los hombres hubieren nacido con buenas o malas disposiciones para sus oficios. Esto ocurre también en cuanto a las virtudes; efectuando los actos que llevamos a cabo en nuestras relaciones con los demás hombres somos justos o injustos, y por los actos hechos ante la presencia de peligro, y habituándonos a sentir temor o confianza, seremos valerosos o

cobardes. Otro tanto aplicaremos a los apetitos y sentimientos de cólera; hay hombre que consigue ser templado y poseer buen carácter, otro se deja llevar por la ira y el desenfreno, comportándose de un modo o de otro cuando lo requieren las circunstancias. En una palabra, así surgen los estados característicos motivados por semejantes actividades. Por eso las actividades que exteriorizamos deben ser de cierto género; porque los estados característicos corresponden a diferencias entre dichas actividades. No es poca la diferencia en que establezcamos en nosotros, a partir de la juventud hábitos o costumbres de uno u otro género, sino que la diferencia es grandísima, mejor dicho, total.

CAPITULO II

Puesto que la presente indagación no tiende al conocimiento especulativo como otras (pues estamos inquiriendo no con el fin de saber lo que es la virtud, sino con el fin de ser buenos, pues de no ser así nuestra averiguación no hubiere sido de utilidad alguna), debemos examinar la naturaleza de los actos, es decir cómo debemos llevarlos a cabo; porque ellos determinan también la naturaleza de los estados de carácter que se producen, como hemos indicado ya. Ahora bien, principio corriente es, principio que debemos aceptar, que se ha de obrar de conformidad con la recta razón, cosa que discutiremos más adelante, es decir, lo que es la recta razón y cómo se relaciona con las otras virtudes. Pero hay que convenir de antemano que la entera explicación de lo referente a la conducta debe presentarse esbozadamente y no con exactitud, como ya dijimos al comenzar, que la explicación que requiramos deben estar de acuerdo con el asunto o tema. Los temas relacionados con la conducta y cuestiones

de lo que es bueno para nosotros no tienen fijeza, de la misma manera que no la tienen los asuntos relacionados con la salud. Como la explicación general es de esta naturaleza, la explicación de los casos particulares carece aún más de exactitud; por no estar sujetos a ningún arte o precepto, sino que los mismos agentes deben en cada uno de los casos considerar lo apropiado a la ocasión, como ocurre también en el arte de la medicina o de la navegación.

Pero aunque nuestra actual explicación sea de esta naturaleza, debemos procurar el concurso que nos sea posible. Ante todo consideraremos lo siguiente: que la naturaleza de tales cosas es poder ser destruídas por el exceso y por el defecto, como observamos cuando se trata de la salud y la fuerza (porque para aclarar lo imperceptible debemos emplear la evidencia de lo sensible); tanto el ejercicio excesivo como el defectivo destruye la fuerza, y de la misma manera la bebida y la comida que rebase o no alcance cierta cantidad destruye la salud, mientras que lo proporcionado la produce, acrecienta y la conserva. Otro tanto ocurre en cuanto a la templanza y el valor y demás virtudes. Porque el hombre que huye de todo y a todo teme no defendiendo su terreno contra lo que fuere se entrega a la cobardía, y el que nada teme en absoluto, sino que afronta todo peligro, es atrevido; y, del mismo modo, aquel que se permite toda clase de placeres no absteniéndose de ninguno se propasa, mientras que el que se prohíbe todo placer, como los rústicos, llega a la insensibilidad hasta cierto punto; la templanza y el valor quedan, pues, destruídos por el exceso y el defecto, conservándose con el intermedio.

Pero no sólo son los orígenes y causas de su nacimiento y desarrollo las mismas que aquellas de su destrucción, sino que también el círculo de su actuali-

zación será el mismo; porque también se aplica esto verazmente a las cosas más evidentes para el sentido, v. g., la fuerza; se produce consumiéndose mucho alimento y haciendo mucho ejercicio, siendo el fuerte el más capacitado para ello. Lo mismo ocurre con la virtud; absteniéndonos de los placeres conseguimos la templanza, y una vez lograda, nos encontramos más capacitados para abstenernos de ellos; y otro tanto acontece con el valor; porque al habituarnos a despreciar las cosas terribles y defender el terreno contra ellas llegamos a lograr el valor, y una vez seamos valerosos nos hallaremos más capacitados para defender nuestro terreno contra ellas.

CAPITULO III

Debemos considerar digno de los estados de ánimo o del carácter el placer o el dolor resultantes de los actos; porque el hombre que se abstiene de los placeres corporales y se deleita en este mismo hecho es templado, mientras que el hombre que siente hastío por él se propasa, y el que defiende el terreno contra cosas terribles deleitándose en ello o al menos no lo considera penoso, es valeroso, mientras que el que lo considera así es cobarde. Porque la excelencia moral está relacionada con los placeres y dolores; es a causa del placer por lo que obramos malamente, y motivados por el dolor por lo que nos abstenemos de obrar noblemento. De aquí que debiéramos haber sido instruidos de manera particular a partir de nuestra tierna juventud, según palabras de Platón, de modo que nos deleitássemos y apenássemos por lo que fuere debido; porque ésta es la juiciosa educación.

Además, si las virtudes están relacionadas con los actos y apetitos, y todo apetito va acompañado, lo

mismo que todo acto, de placer y dolor, por esto precisamente la virtud estará relacionada con los placeres y los dolores. También nos indica esto el hecho que el castigo se inflige por estos medios; porque es una especie de curación o corrección, y la naturaleza de la cura es efectuarse por los contrarios.

Además, como hemos dicho antes, todo estado anímico es de naturaleza relativa y se refiere al género de cosas por el cual tiende a empeorar o mejorar; pero el hombre se malea debido a los placeres y dolores, siendo malo si se procura los primeros, bueno si evita los últimos (ya los placeres y dolores a los que no debiere entregarse o cuando no debiere o como debiere, o por obrar mal de una de las demás maneras semejantes que pueden distinguirse). De aquí que el hombre defina las virtudes como ciertos estados de impassibilidad y reposo; y no del modo adecuado, porque habla en el sentido absoluto, y no dice *como se debiere* y *como no se debiere* y *cuando se debiere* o *cuando no se debiere*, y demás cosas que pudiéremos añadir a estas. Suponemos, pues, que este género de excelencia tiende a efectuar lo que es mejor con referencia a los placeres y dolores, mientras el vicio obra de manera contraria.

Los siguientes hechos pueden demostrar también que la virtud y el vicio se hallan relacionados con estas mismas cosas. Como hay tres objetos de opción o elección y tres de evitación, lo noble, lo ventajoso, lo placentero y sus contrarios, lo vil, lo molesto, lo doloroso, el hombre de bien tiende en cuanto a todos ellos a portarse bien, y el malo a portarse mal, y especialmente en lo referente al placer; porque este es común a los animales, acompañando también a todos los objetos de opción; porque hasta lo noble y lo ventajoso aparecen como placenteros.

Además, se ha desarrollado en todos los hombres desde la infancia; a esto se debe la dificultad de borrar en nosotros este apetito, por estar grabado en nuestra vida. Y todos medimos nuestros actos, unos más otros menos, empleando la regla del placer y el dolor. Por lo tanto, debido a esta razón nuestra completa investigación debe dirigirse a esto; porque no es poco el efecto en nuestros actos el sentir deleite y dolor justa o injustamente.

Además, *es más difícil luchar con placer que con cólera*, empleando la frase de Heráclito, pero tanto el arte como la virtud están siempre relacionadas con lo más difícil; porque hasta lo bueno es mejor cuanto más difícil es. Por lo tanto, debido a este motivo también todo lo referente a la virtud y a la ciencia política, está relacionado con los placeres y los dolores; porque el hombre que hace discreto uso de ellos será bueno, y el que no lo haga será malo.

Por lo tanto, que la virtud está relacionada con los placeres y dolores, y que por los actos de que surge se aumenta y, si se efectúan diferentemente, se destruye, y que los actos de que surge son aquellos en que se realiza en sí misma, son todo cosas que deben aceptarse tal como hemos indicado.

CAPITULO IV

Pudiere preguntárenos qué queremos decir al expresar que debemos llegar a ser justos llevando a cabo actos de justicia, y templados efectuando los de templanza; porque si el hombre lleva a cabo actos justos y templados, será ya justo y templado, de la misma manera que si efectúa aquello que esté de acuerdo con las reglas de la gramática y de la música es gramático y músico.

¿O no será esto cierto en cuanto a las artes? Es posible hacer algo que esté de conformidad con las reglas de la gramática, ya debido a casualidad o por sugestión ajena. Por lo tanto, el hombre será gramático solamente cuando haga algo gramatical y gramaticalmente al mismo tiempo; esto significa efectuarlo de conformidad con la posesión del conocimiento gramatical.

Además, el caso de las artes y el de las virtudes no son semejantes, porque las obras de las artes tienen su bondad en sí, de modo que basta posean cierto carácter, pero si los actos que están de conformidad con las virtudes tienen en sí cierto carácter, de ello no se deduce se hayan efectuado justa o templadamente. También el agente debe gozar de cierto estado cuando los efectúa; en primer lugar debe poseer conocimiento, en segundo lugar debe optar en cuanto a los actos, y optar debido a sus fines, y en tercer lugar su acto debe proceder de carácter firme e invariable. Estas cosas no se reconocen como condiciones de la posesión de las artes, excepto el escueto conocimiento; pero como condición de la posesión de las virtudes el conocimiento pesa poco o nada, mientras las demás condiciones no entran en poco, sino en todo, es decir, las condiciones en sí resultantes de efectuar frecuentemente actos justos y templados.

Por lo tanto, los actos se denominan de justicia y templanza cuando son tales como los que lleva a cabo el hombre justo y templado; pero no es el hombre que los efectúa el que es justo y templado, sino también el que los efectúa como los hombres justos y templados los llevan a cabo. Bien se dice, pues, que el hombre justo se produce efecto de llevar a cabo actos justos, y el templado los templados; sin efectuarlos nadie

tendría ni aun probabilidad de llegar a ser hombre de bien.

Mas las más de las personas no los efectúan, sino que se refugian en la teoría creyendo ser filósofos y que llegarán a ser buenos de este modo, comportándose de manera parecida a los enfermos que escuchan atentamente a sus médicos, sin hacer nada de aquello que se les ordena. Del mismo modo que los últimos no conseguirían la salud para sus cuerpos por medio de tal tratamiento, los primeros no curarían su alma mediante tal tratamiento filosófico.

CAPITULO V

Luego hemos de considerar lo que es la virtud. Puesto que las cosas que se hallan en el alma son de tres géneros: afectos, facultades y estados de carácter o hábitos, la virtud debe ser una de esas cosas. Por afectos entiendo: la cólera, temor, confianza, codicia, alegría, amistad, odio, ansia, emulación, lástima y, en general, las sensaciones que van acompañadas de placer o dolor; por facultades, las cosas en virtud de las que se dice somos capaces de sentir dichas cosas, v. g., montar en cólera o sentir lástima; por estados de carácter o hábitos, las cosas en cuya virtud toleramos bien o mal con referencia a los afectos, v. g., en lo relativo a la ira, toleramos malamente de sentirla con violencia o con demasiada debilidad, y bien si la sentimos moderadamente; y de modo semejante en lo concerniente a los demás afectos.

Ahora bien, ni las virtudes ni los vicios son afectos, porque no se nos llama buenos ni malos basándose en nuestras virtudes y vicios, y porque ni se nos censura ni elogia debido a nuestros afectos (porque el hombre que siente temor o ira no es elogiado, ni el que

simplemente siente ira censurado, sino el que la siente de cierto modo), mas en cuanto a nuestras virtudes y vicios somos alabados o vituperados por ellos.

Además, sentimos ira y temor sin optar, mientras las virtudes son modos de elección o encierran opción. Además, en lo referente a los afectos se dice que sufrimos alteración, mientras en lo concerniente a las virtudes y vicios no se dice que nos alteramos, sino que estamos dispuestos de modo particular.

Debido a esta razón, no son facultades; porque no se nos llama buenos ni malos, ni se nos alaba ni censura, por la simple capacidad de sentir los afectos; además, poseemos las facultades por naturaleza, pero no es la naturaleza la que nos hace buenos o malos; ya nos explicamos sobre esto anteriormente.

Si, por lo tanto, las virtudes no son afectos ni facultades, sólo queda sean estados de carácter, hábitos.

Con lo dicho hemos establecido lo que es la virtud con referencia a su género.

CAPITULO VI

Sin embargo, no sólo debemos definir la virtud como hábito, sino decir también de qué especie de hábito se trata. Podemos hacer la observación que toda virtud o excelencia produce la buena condición de la cosa cuya excelencia es haciendo que el funcionamiento de dicha cosa se efectúe bien; v. g., la excelencia del ojo hace tanto que el ojo como su función sean buenos; puesto que por la excelencia del ojo vemos bien. Y de la misma manera la excelencia del caballo hará sea bueno en sí y bueno para la carrera y para llevar al jinete sobre sus lomos y para aguardar el ataque del enemigo. Por eso, si lo que decimos es cierto

en todos los casos, también la virtud del hombre constituirá hábito que hará bueno al hombre y que efectúe bien su trabajo.

Ya dijimos cómo acontece eso, pero la siguiente consideración nos aclarará la naturaleza específica de la virtud. En todo cuanto es continuo y divisible es posible tomar más, menos o igual cantidad, y ello tanto en cuanto a los términos de la cosa en sí como con relación a nosotros, y lo igual es intermedio entre exceso y defecto. Entiendo por intermedio en el objeto aquello que equidista de cada uno de sus extremos, que es uno e idéntico para todos los hombres; por intermedio con relación a nosotros aquello que no es ni demasiado ni poco en demasía, y esto no es uno ni idéntico para todos. V. g., si diez es muchos y dos es pocos, seis es el intermedio, tomado en términos del objeto en cuestión; porque excede y es excedido por igual cantidad; éste es intermedio de conformidad con la proporción aritmética. Mas el intermedio con relación a nosotros no debe calcularse así; si diez libras de comida son demasiado para una persona particular y dos libras son poco en demasía, no se deduce de esto que el maestro de gimnasia ordene se le den seis; porque tal vez esta cantidad sea demasiado para esa persona que tiene que alimentarse, muy poco para Milo y demasiado para el que se inicia en los ejercicios. Otro tanto ocurre de tratarse de corredores y luchadores. De modo que el maestro en cualquiera de los artes evita el exceso y el defecto, buscando el intermedio y adoptándolo, es decir, el intermedio con relación a nosotros y no en el objeto.

Si así es, y de este modo todo arte ejerce bien su función (considerando el intermedio y juzgando su función por esta medida, a la manera como decimos frecuentemente en cuanto a las obras de arte buenas no

es posible quitar ni añadir nada, queriendo decir que el exceso y defecto destruirían la bondad de la obra de arte, mientras el intermedio o justo medio la conserva, y los buenos artistas buscan este punto en sus obras), y, si, además, la virtud es más exacta y mejor que cualquier arte, como lo es también la naturaleza, entonces la virtud debe poseer la cualidad de tender hacia el justo medio. Me refiero a la virtud moral: porque de ésta se trata en los afectos y actos, y en éstos es donde hay exceso, defecto y justo medio. V. g., tanto el temor como la confianza, y el apetito y la ira y la piedad en general, el placer y el dolor pueden sentirse en demasía o muy poco, y en ambos casos no bien; pero sentirlos oportunamente, con referencia a buenos objetos, con relación a buenas personas, debido a justo motivo y de la manera adecuada, es lo que constituye el punto medio y lo mejor, siendo característico de la virtud. Y del mismo modo en lo atañiente a los actos hay exceso, defecto y punto medio. Pero la virtud está relacionada con los afectos y acciones, en los que el exceso es forma de fracaso, como lo es el defecto, mientras que el intermedio es de alabar siendo una forma de éxito; y ser elogiado y obtener éxito, son ambas cosas características de la virtud. Por lo tanto, la virtud es una especie de justo medio, pues que, como hemos observado, tiende al intermedio.

Además, es posible fracasar de muchas maneras (porque el mal pertenece a la clase de lo ilimitado, según los pitagóricos conjeturaron, y el bien a lo limitado), mientras que el logro del éxito sólo es posible de una manera (por cuyo motivo también uno de ellos es fácil y el otro difícil: errar el blanco fácil, dar en él difícil); por estos motivos también el exceso y el defecto, son característicos del vicio, y el medio de la virtud:

«Porqué los hombres son buenos sólo de una manera,
[y malos de muchas.]»

Por lo tanto, la virtud es hábito relacionado con la elección, que está en el justo medio, es decir el medio con relación a nosotros, estando éste determinado por un principio racional, y por cuyo principio el hombre prudente lo determinaría. Ahora bien, es punto medio entre dos vicios aquél que depende del exceso, y aquél que depende del defecto; y además es medio porque los vicios respectivamente no alcanzan o exceden lo que es justo tanto en los afectos como en los actos, mientras la virtud halla y opta por el justo medio. De aquí que, respecto de su sustancia y la definición que establece su esencia, la virtud es intermedio, mas respecto de aquello que es lo mejor y justo, es extremo.

Pero no todo afecto, ni acción admiten intermedio; porque algunos llevan nombre que encierran ya maldad, v. g., el rencor, el descaró, la codicia, y en cuanto a los actos el adulterio, el robo, el asesinato; porque todos ellos y los semejantes llevan consigo y por sus nombres la maldad, pero no exceso o defecto. Por eso ni aun es posible obrar bien en lo relativo a esas cosas, sino que siempre obraremos mal. Tampoco depende la bondad o la perversidad con referencia a ellas en cometer adulterio con la mujer adecuada, ni en el tiempo propicio, ni del modo debido, sino que el simple hecho de entregarse a ello nos lleva por mal camino. Por eso sería también absurdo suponer que en los actos injustos, cobardes y voluptuosos hubiere intermedio, exceso y defecto; porque de ser así habría justo medio en el exceso y deficiencia, un exceso en el exceso y una deficiencia en la deficiencia. Pero como no hay exceso y deficiencia en la templanza y el valor, porque lo que es intermedio es en cierto sentido ex-

tremo, no hay en los actos que hemos indicado intermedio ni exceso ni defecto, sino que siempre que a ellos nos abandonemos obraremos mal; porque, en general, ni hay intermedio en el exceso ni en el defecto, ni exceso o deficiencia en el justo medio.

CAPITULO VII

Sin embargo no sólo hemos de establecer este aserto general, sino aplicarlo también a los hechos individuales. Porque entre los asertos sobre la conducta los generales se aplican con mayor amplitud, mientras los particulares son más genuínos, puesto que la conducta hace referencia a los casos individuales, y nuestros asertos deben estar en armonía con los hechos en estos casos. Nuestra tabla nos proporciona dichos casos. En lo referente a las sensaciones de temor y confianza el valor es el justo medio; las personas que se exceden, el que se excede en cuanto a la valentía no tiene nombre, (muchos de estos estados no lo tienen) mientras el que se excede en la confianza se llama temerario, y el que se excede en el temor y es desconfiado se llama cobarde. En cuanto a los placeres y dolores (no todos ellos y no tanto respecto de los dolores), el intermedio es la templanza, el exceso el desenfreno. Las personas deficientes en lo concerniente a los placeres, no se hallan con frecuencia, por eso tales individuos no han recibido nombre, aunque pudiéramos llamarles «*insensibles*».

En lo atañente a dar y recibir dinero el intermedio es la liberalidad, la largueza, el exceso y el defecto, la prodigalidad y la mezquindad. En estos actos la gente se excede y queda corta de manera contraria; el pródigo se excede en gastar, quedando corto en percibir dinero, mientras el mezquino se excede en la per-

cepción y queda corto en el gasto. (Por ahora damos un mero bosquejo o sumario, contentándonos con esto; más adelante determinaremos estos hábitos con mayor exactitud). En lo relativo al dinero también hay otras disposiciones, un intermedio, la magnificencia, (porque el magnificante difiere del liberal; el primero en cuanto a lo referente a grandes sumas, el último en lo referente a las pequeñas), y un exceso: la falta de gasto y la vulgaridad, y un defecto: la tacañería; estas difieren de los estados opuestos a la liberalidad, y la manera de diferir será expuesta más adelante.

En lo atañente al honor y deshonor el intermedio es grandeza de ánimo, el exceso se denomina especie de *tonta vanidad*, y el defecto abatimiento de ánimo; y, como hemos dicho, la liberalidad está relacionada con la magnificencia, difiriendo de ella en que se trata de pequeñas sumas, de modo que hay hábito relacionado igualmente con la grandeza de ánimo, de tratarse de pequeños honores mientras que el primero se relaciona con los grandes. Porque es posible apetecer el honor como es debido, y más del que uno debe, y menos y el que se excede en sus deseos se llama ambicioso, el que se queda corto, falto de ambición, mientras el intermedio no tiene nombre. También los afectos carecen de nombre, excepto el del ambicioso que se llama ambición. De aquí, que las personas que se hallan en los extremos reclaman el punto medio; afectos carecen de nombre, excepto el del ambicioso a la persona que es intermedio; otras decimos carece de ambición, alabando alguna vez al ambicioso y otras al carente de ella. El motivo de que obremos así lo expondremos más adelante; vamos a referirnos ahora al resto de los afectos de conformidad con el método que indicamos.

Respecto de la ira hay también exceso, defecto e

intermedio. Aunque es difícil decir lleven nombres, llamamos al intermedio manso y, por lo tanto denominaremos el intermedio empleando el vocablo mansedumbre; en cuanto a los extremos llamaremos al que se exceda irascible, siendo su vicio la irascibilidad, y al que se queda corto impasible, y al defecto impasibilidad.

Hay también otros tres intermedios, que tienen cierto parecido uno con otro, pero que difieren uno del otro; porque todos se refieren a la correspondencia en vocablos y actos, pero difieren en que uno está relacionado con la verdad en esta esfera, los otros dos con el deleite; y en cuanto a este último una especie se exterioriza en la conversación, la otra en todas las circunstancias de la vida. Por eso debemos hablar de esas dos, pues veremos con mayor claridad que en todas las cosas los intermedios son loables, mientras los extremos ni son dignos de loa ni justos, sino merecedores de vituperio. Ocurre que la mayoría de estos hábitos no tiene nombre tampoco, pero procuraremos (como en otros casos) inventarlos con el fin de ser claros y que se nos pueda comprender fácilmente. En lo atañente a la verdad, el intermedio es la persona veraz y el justo medio pudiera llamarse veracidad, mientras la pretensión que exagera, se llamará fanfarronería y el individuo caracterizado por ello fanfarrón, y el que se aprecia en menos de lo que es, será el falsamente modesto y el estado falsa modestia. En cuanto a la complacencia en procurar diversión, la persona intermedia será el vivo de ingenio, y el afecto la viveza de ingenio; el exceso será la chocarrería y la persona se llamará bufón, mientras el hombre que se quede corto será una especie de rústico y su estado la rusticidad. Respecto del género restante de agrado, el que presenta la vida en general, el hombre agrada-

ble a la manera justa será amistoso y el intermedio la amistad, mientras el que se exceda será obsequioso, sino tiene fin a la vista, y adulón si tiende a su propia ventaja, y el que se queda corto siendo desagradable en todas las circunstancias, será el insoportable y persona insolente.

También hay intermedios en los afectos y relativos a los afectos; puesto que la vergüenza no es virtud, y, no obstante, alabamos al hombre modesto. Porque aun en estos casos se dice que uno es intermedio, que otro se excede, por ejemplo: el que se avergüenza de todo, mientras que el que se queda corto, o no se avergüenza por nada es el desvergonzado, y el intermedio será el modesto. La justa indignación es intermedio entre la envidia y el rencor, y estos hábitos se relacionan con el placer y el dolor que se sienten ante las venturas de nuestros prójimos; el hombre que se caracteriza por la justa indignación, siente dolor ante la ventura inmerecida, el envidioso, superándose, lo siente ante toda ventura, y el rencoroso queda tan corto en cuanto al dolor que hasta se regocija. Pero ya se nos presentará oportunidad para explicar estos hábitos en otra parte; en lo atañente a la justicia, puesto que no tiene significado simple, después de explicar los demás hábitos, distinguiremos sus dos géneros diciendo la manera como cada uno de ellos es intermedio; y también trataremos parecidamente de las virtudes racionales.

CAPITULO VIII

Tres clases hay de disposiciones, dos de las cuales son vicios y encierran exceso y deficiencia respectivamente; la otra es virtud, es decir, intermedio siendo todas, en cierto sentido, opuestas a todas, porque los

hábitos extremos son contrarios tanto del intermedio como uno al otro, y el intermedio de ambos extremos; de la misma manera que lo igual es mayor relativamente a lo menor, menor relativamente a lo mayor, los hábitos intermedios son excesivos con relación a las deficiencias, deficientes con relación a los excesos, tanto en cuanto a los afectos como en cuanto a los actos. Porque el valeroso parece atrevido con relación al cobarde, y cobarde con relación al impetuoso; y de la misma manera, el templado parece licencioso con relación al insensible, e insensible comparado con él el licencioso, y el liberal parecerá pródigo al lado del mezquino, mezquino junto al pródigo. De aquí también que las personas situadas en los extremos empujen al hombre situado en el punto medio uno contra el otro, y el impetuoso llame cobarde al valeroso, mientras el cobarde lo considera impetuoso, ocurriendo otro tanto en los demás casos.

Al ser opuestos estos hábitos uno al otro, la mayor contrariedad es la de los extremos entre sí, más que relativamente al intermedio; porque están más apartados uno del otro que ambos del intermedio, del mismo modo que lo grande está más alejado de lo pequeño, y lo pequeño de lo grande que ambos de lo igual. Además, algunos extremos muestran cierta semejanza con el intermedio, como la existente entre la impetuosidad y la valentía, y la de la prodigalidad con la liberalidad; pero los extremos muestran la mayor desemejanza comparados uno con el otro. Ahora bien, los contrarios se definen diciendo son las cosas más distanciadas, de manera que lo que está más distanciado es lo más contrario.

Hay casos en que la deficiencia es más opuesta al intermedio, en otros el exceso, v. g., no será la impetuosidad, que es exceso, sino la cobardía, que es de-

fecto, lo más opuesto al valor; no es la insensibilidad, que es defecto, sino el desenfreno, que es exceso, lo más opuesto a la templanza. Esto acontece debido a dos razones, una de las cuales se desprende de la cosa misma; porque a causa de que uno de los extremos está más cercano y es más parecido al intermedio, no oponemos al intermedio éste, sino antes su contrario, v. g., puesto que la impetuosidad se considera más semejante y próxima al valor, y la cobardía más desemejante, antes opondremos la última al valor; porque las cosas más lejanas del intermedio se consideraran más contrarias a él. Esta es una de las causas, deducida de la cosa misma; la otra se desprende de nosotros mismos, porque las cosas a que más naturalmente tendemos, parecen más contrarias al intermedio. V. g., tendemos más naturalmente a los placeres, y de aquí que nos dejemos llevar con mayor facilidad hacia el desenfreno, que hacia lo que es debido. Por lo tanto, consideramos más bien contrario al intermedio las direcciones hacia las que con mayor frecuencia tendemos recorriendo camino más largo; y por eso el desenfreno, que es exceso, es más contrario a la templanza.

CAPITULO IX

De lo dicho se desprende que la virtud moral es intermedio y en qué sentido lo es, de modo que lo es entre dos vicios, uno de los cuales encierra exceso, deficiencia el otro, y que es así porque su carácter es la tendencia hacia lo que es justo medio en los afectos y en los actos, cosas que ya hemos discutido lo bastante. De aquí que no sea fácil tarea ser bueno. Porque en todo es tarea difícil hallar en punto medio, v. g., hallar el centro del círculo no es fácil para

todo el mundo sino para el que lo sabe hallar; de manera que todos podemos irritarnos, por ser facilísimo, o dar o gastar dinero, mas hacerlo a quien se debe, en la medida debida, en tiempo oportuno, justo motivo y de la manera acertada, eso es lo que no todo el mundo puede hacer fácilmente; por lo cual la bondad es tan rara como laudable y noble.

De aquí que el que tiende al intermedio deba partir de lo que le es más contrario, como aconseja Calypso:

«Aparta la nave de la marejada y de la espuma.»

Puesto que entre los extremos uno de ellos es más erróneo, el otro menos, puesto que es difícil situarse en el justo medio estando en el extremo, debemos considerar mejor en segundo término, como dice el vulgo, el menor de los males, cosa que efectuaremos con mayor facilidad del modo que indicamos.

Pero debemos considerar las cosas hacia las que nos vemos llevados fácilmente; porque algunos tendemos a una cosa, otros a otra, lo que se reconoce por el placer y dolor que experimentemos. Debemos alejarnos del extremo contrario, porque conseguiremos llegar al intermedio apartándonos del error, como hace la gente al enderezar las ramas torcidas.

Por eso, de lo que hay que cuidar en todo es de lo agradable y del placer, porque no juzgamos imparcialmente. Por eso hemos de sentir hacia el placer lo que los ancianos del pueblo sentían hacia Hellena, y repetir en todas circunstancias sus palabras; porque despreciando el placer de este modo no será tan probable nos desviemos del recto camino. Portándonos de esta manera (resumiendo lo dicho) es como mejor podremos alcanzar el justo medio.

Eso es sin duda difícil, especialmente en los casos

personales, por no ser fácil determinar cómo y con quién y en qué caso de provocación y durante cuánto tiempo debe uno enfadarse; porque algunas veces elogiamos a los que quedan cortos llamándoles impasibles, mas algunas veces elogiamos a los que se enfadan llamándoles viriles. Por lo tanto, el hombre que se desvía poco de la buena conducta no es censurado, ya sea en dirección del más o del menos, sino únicamente el que se desvía con mayor amplitud, porque no *passa inadvertido*. Lo que no es fácil determinar por el razonamiento es hasta qué punto y distancia debe desviarse el hombre antes de que merezca ser vituperado, como tampoco lo es todo lo que se percibe por los sentidos; esas cosas dependen de los hechos particulares, y su decisión se basa en la sensibilidad. Por todo eso queda evidenciado que el justo medio es en todo elogiabile, pero que algunas veces debemos inclinarnos hacia el exceso, otras hacia el defecto, porque obrando así alcanzaremos el justo medio con mayor facilidad.